

muy bien impresionadas, agradándonos en extremo; así es que el día se había pasado para nosotras con extraordinaria rapidez.

Serian las siete de la noche cuando abandonamos el palacio de Sans Souci; atravesamos los jardines iluminados á aquella hora, por la débil luz de la luna, y subiendo en los carruages, pronto nos encontramos en la estacion; pocos momentos despues subiamos al tren, y nos alejábamos rápidamente de Potsdam; habiamos gozado tanto en aquel día, que no sin sentimiento partimos de esa residencia real, donde el viajero tiene tanto que admirar, y tanto que le agrada y le sorprenda.

Serian las ocho y media cuando nos hallábamos de vuelta en Berlín, nos encontrábamos tan fatigadas, que aquella noche ya no tuvimos alientos de ver nada y dirigiéndonos directamente al hotel, pronto nos hallamos descansando en nuestras piezas; entónces nos acordamos de Genaro, cuya historia nos tenia vivamente interesadas, y deseosas de adelantar algo en su relato, tomamos la cartera, la abrimos, y sentándonos cómodamente al lado del quinqué, pasamos nuestra vista por sus tristes páginas y leimos lo siguiente.

CAPITULO XLVIII.

Continuacion de la relacion de Genaro.

Los consuelos de mi tierna amiga no eran bastantes á calmar mi dolor; la alegría que me rodeaba me hacia daño, parecía que todo venia á insultar mis sufrimientos y á reirse de mis lágrimas; sin embargo, por no afijir á Clara disimulé lo que sentia y traje una sonrisa á mis labios cuando el dolor ocupaba todo entero mi corazón. En este momento los acordes de la música llegaron hasta nosotros obligándonos á regresar á los salones; no bien habíamos entrado, cuando Arturo arrebató á Clara de mi lado; la llama del amor brilló en sus ojos, y la sonrisa de la dicha vagó por sus labios; Arturo estrechó con fuego contra su pecho la mano de la que amaba.

y ambos venturosos amantes se perdieron de mi vista, ébrios de amor y de contento; yo entónces, parado en el dintel de la puerta, exhalé un suspiro é incliné la cabeza bajo el peso del dolor, y así permanecí algunos instantes.

Lo que se tocaba era una polka, y recordando entónces las palabras de Leonor, volé á su lado triste y abatido; la jóven al verme, sonrió dulcemente y con suma gracia me dijo tomando mi brazo.

—Creí que habiais olvidado vuestro compromiso, Genaro, porque há ya largo tiempo que se baila.

—Perdonad, me apresuré á decirla entónces, me hallaba yo tan abatido en la meditacion de mis desgracias, que no noté que la pieza habia ya comenzado, pero ahora vamos á reponer lo perdido; al decir estas palabras estreché contra mi pecho la delicada mano de mi ama; sentí su corazon palpar sobre el mío, su aliento embalsamado llegaba hata mí, y en aquel instante me sentí tan dichoso, que olvidé mis temores y solo pensé en amar. Leonor que comprendia en todos mis movimientos, lo que por mí pasaba; turbada y confusa me pidió descansásemos un momento; comenzamos entónces á pasearnos por los salones

de descanso, y se entabló entre nosotros una animada conversacion.

Yo estaba triste y melancólico, Leonor me veía con fijeza y al fin me dijo:

—Genaro, ¿tan mal está vd. á mi lado que lo veo tan abatido?

—¡Ay Leonor! vd. lo ha dicho; sí, su vista me hace daño, pero léjos de vd. siempre la veo, porque su bella imágen no se separa un momento de mi lado; si duermo, vd. está conmigo, y entre sueños la contemplo; despierto, solo en vd. pienso, solo para vd. vivo, pero ¡ay! á otros consuela pensar en la mujer que aman, en cuanto á mí este pensamiento me mata, vd. sabe por qué Leonor, vd. lo comprende!

—¡Yo! balbució turbada la encantadora niña.

—Sí, vd.; ¿ha considerado alguna vez lo que es amar sin esperanza? nó, su bello corazon no puede comprender este tormento, ni valuar lo agudo de este martirio; pero yo Leonor, yo que lo sufro, conozco su terrible intensidad!... ¡amar! y ¿qué es amar? amar es vivir tan solo para otro sér, olvidarnos de nosotros mismos, y solo tener aliento y vida para aquel á quien amamos!... ¡amar, es concentrar todos nuestros afectos, todas nuestras aspiraciones, las palpitations todas de nuestro pecho en un solo objeto, que es el que ali-

menta nuestra vida! ¡amar es derramar nuestro corazón en otro corazón, identificar nuestra vida en otra vida, confundir nuestra alma en otra alma!..... ¡sí, esto es amar! ¡esto es vivir!..... Cuando el amor encuentra correspondencia, aquellas dos almas que se comprenden se hallan transportadas al colmo de la felicidad, á la cumbre de la dicha!..... pero cuando no hallamos correspondencia y amamos sin esperanza, entónces ¡oh! entónces las penas del infierno nos parecen pocas para pintar nuestro tormento!

Al hablar así, mis ojos, animados por el brillo de la pasión, se fijaron en Leonor, y mi mano estrechó con fuego la suya!..... la jóven estaba trémula, en su bello semblante se pintaba la angustia; sus hermosos ojos se hallaban velados por las lágrimas, yo guardé un momento de silencio; Leonor levantó tímidamente sus ojos, y con un acento incierto, y con débil voz me dijo.

—Genaro, volvamos á bailar.

—¡A bailar! exclamé fuera de mí, ¡bailar cuando ve vd. que muero! ¡bailar! ¡este es el único consuelo que vd. puede darme?..... ¡Ah! nó, escuche vd.; es preciso que conozca todo lo que sufro, que comprenda la intensidad de mi tormento, para que ese corazón que jamás permanece insensible ante el infortunio, que siempre cura la

desgracia y derrama sus beneficios á torrentes sobre los desdichados, que enjuga siempre sus lágrimas, y alivia sus dolores, ejerza también conmigo esta caridad sublime; porque Leonor si á vd. conmueven los males del cuerpo, mas deben conmoverla los del alma, porque estos son mil veces mas dañosos y terribles; no, la que es ángel de consuelo siempre para el desdichado, no puede convertirse en verdugo para con un desventurado, que con delirio la ama; si Leonor, ¿es posible que no tenga vd. una sola palabra de consuelo para endulzar mis sufrimientos, para no dejar en mi alma la tortura horrible que la atormenta?

La jóven estaba violenta, pero siéndole imposible callar por mas tiempo, al fin desplegó sus bellos labios y me dijo.

—Genaro, yo no quiero que vd. sufra, y mucho ménos por mí.... no puede vd. comprender el daño que me hace escuchar sus palabras. Yo no puedo efectivamente ver á alguien que sufre, sin calmar sus sufrimientos, sin consolarle de alguna manera, y esto no es virtud en mí Genaro, ni debe vd. creerlo así; no es sino una excesiva debilidad, quizá un principio de egoismo, porque haciéndome tanto daño ver sufrir, al instante procuro cuanto está en mi mano cortar aquella amargura, aquella violenta situación, para no verla

mas; y si me es tan sensible todo sufrimiento, figúrese vd. amigo mio si podré ser indiferente al que vd. experimenta, y del cual segun vd. mismo ha demostrado, soy yo la causa. Nó Genaro, demasiado me afecta su situacion, pero vd. por cierto se afana en hacerla mas desesperante, el mal que vd. tiene es tan conocido y general, que todos podemos sin temor de equivocarnos curarlo; para eso no es preciso médico, ni medicinas, solo necesitamos de suma docilidad en el paciente, con que amigo mio ¿quiere vd. que le aplique los remedios? se decide vd. á poner en mis manos su voluntad, á hacer ciegamente la mia?

Quedeme contemplando un momento con amarga expresion á Leonor, mas al fin viendo que no tomaba de nuevo la palabra le dije.

Vd. me conoce aun demasiado poco, cuando es capaz de hablar de esa manera, y de créer que mi mal es curable en el sentido en que lo manifiesta, ¡ojalá lo fuese, no crea vd., yo mismo me alegraría! pero ¡nó lo es! Amiga mia, doy á vd. todas las facultades que quiera sobre mí, desde este momento es vd. dueña de mi voluntad, de mi existencia misma; si creé vd. que pueda poner en práctica sus consejos, ¡ay! ¡creo que vd. se engaña! Cuando el amor se infiltra en nosotros, ántes que arrancarlo de nuestro interior, podemos arrancar la existencia. Solo así podrá vd. curar-

me amiga mia, si quiere vd. que le sacrifique mi vida, pero entónces por desgracia ¡no habré sanado sino muerto! ¿no es cierto?

Leonor me contempló con una expresion tan tierna, que me hizo un bien inmenso.

—Genaro, me dijo entónces, he conocido en lo poco que lo trato, que es vd. muy exagerado, demasiado ¿no lo cree vd. así?

—Mi carácter no lo es al ménos Leonor, pero en ciertos casos como éste, si creo que lo soy, y que no podré dejar de serlo.

—¿Me promete vd. amigo mio, ser dócil á todos mis mandatos? ¿quiere vd. someterse enteramente á mi voluntad? ¿desea vd. por último que lo reforme, que lo cure?

—Sonréi de la seductora gracia con que Leodor me hacia esas preguntas, y por fin contesté á mi amiguita que estaba yo dispuesto á hacer su voluntad, exepcto en ciertos casos, añadí, en que esto no es posible; por ejemplo, si vd. me dijera en este momento: Genaro, deja de amarme, te lo mando; ¿Qué haría yo? contestar con la mayor energia: Leonor, no puedo, es esto para mí imposible, porque su amor me es tan necesario, como el rocío y el sol para las plantas, como el aliento para la propia conservacion.

—El amor, Genaro, verdad es que nace en un

momento, pero no puede ser perfecto sino despues de mucho tiempo y cuando de dos corazones fórmase uno solo; de manera que por inmenso que sea el cariño que vd. me profese, está aun muy á sus principios: hace muy poco que vd. me conoce, es hoy la primera vez que me habla, jamás ha escuchado de mis labios una palabra que le sirviese como de cimiento para construir en su corazon el templo de la pasion. Es vd. muy jóven, en el curso de su vida, mucho mas ahora que va vd. á salir ya del colegio, tendrá ocasion de admirar mil bellezas y profundizar mil virtudes, que quizás sin brillo se ostenten ante sos ojos. Se presentarán ante vd. mil jóvenes encantadoras y bellas, llenas de inteligencia y de vida..... entónces Genaro, vd. cuyo corazon es ardiente, sentirá lo que por mí ha sentido, y no se le prohibirá á vd. el amar entonces; de modo que pronto de ambos corazones se formará uno solo, y será vd. feliz como sus buenas cualidades lo exigen.

—¡Leonor! ¡Leonor! ¡por piedad no me hable vd. en ese sentido! nó, es imposible que suceda lo que vd. me pronostica, yo no quiero ver, ni existen para mí en todo el universo mas bellezas que vd. ¡vd. cuyo corazon tan compasivo es para mí de marmol! vd. que no se deja conmover con mis expresiones, ¡ay! vd. que jamás llegará á

amarme, y que me dará con su horrible indiferencia la muerte.

Diciendo así, mis ojos se cubrieron de lágrimas, y comensaron á rodar por mis mejillas. Por fortuna estaba cerca de una puerta que conducia á una de las habitaciones interiores; entónces, lleno de temor de que, siendo como era el objeto de la fiesta, se me fuese á ver en el estado en que ma hallaba, senté á Leonor en el salon de descanso, y me introduje á aquellas; allí solo conmigo mismo, me puse á considerar lo que habia hecho; parecíame leer una esperanza al traves de las palabras de Leonor; cuando ella vea que soy constante, me dije, que el tiempo pasa y que nada es capaz de minorar mi pasion, su corazon se conmoverá entónces, y tal vez sus labios un dia, pronuncien un juramento que me hará feliz.

Ocupado por estas dulces ilusiones, sequé las lágrimas que brotaban de mis ojos, y sentándome cerca de una mesa, apoyé mi cabeza en ambas manos, y permanecí sumergido en el cúmulo de mis ideas. Repentinamente sentí que una mano delicada se posaba en mi hombro, y que una voz dulce me llamaba.

¿Genraro? ¿Genaro?

A este tierno acento levanté mi abatida frente, y vi á mi lado á la hermosa Clara; triste y aba-

tida; al encontrarse mi mirada con la suya, la seductora jóven sonrió dulcemente, y tomando mi mano:

—¡Eres ingrato Genaro! me dijo; todos se empeñan en complacerte, y tu te empeñas en amargarnos; yo creí proporcionarte un placer estando al lado de Leonor, pero veo que me he engañado, he obrado mal, te prometo que no volverás á verla jamás en mi casa, entónces me volví á Clara y con el acento del que sufre.

—No aumentes mi dolor hermana mia le dije, mas que reprensiones y amenazas son consuelos los que necesito; tú has sido siempre mi ángel tutelar, calma hoy te lo ruego, las angustias de mi alma.

Clara conmovida secó una lágrima, y viéndome con ternura

—No me hables así Genaro me dijo, tus palabras me hacen daño; veamos, ¿qué es lo que te atormenta?

He hablado con Leonor, me lo ha dicho todo, y trémula y angustiada me ha suplicado venga á tu lado; quien esto hace Genaro, es porque en su corazón siente algo mas que simpatía, quien esto hace es.....

Yo no la dejé concluir; ¿es verdad Clara lo que me dices? ¿es verdad que Leonor te envia á mi

lado, para que mitigues mis tormentos, y que ella está inquieta, al saber que sufro? ¡Oh hermana mia! ¿han pronunciado la verdad tus labios?

—Sí Genaro, jamás he mentido, y ménos lo haria contigo y en estos momentos; calmate hermano mio; ven, volyamos á los salones, tu vista restituirá á Leonor la calma, y á todos la alegría y el contento.

Al hablar así la encantadora Clara, tomó mi brazo, y yo dejándome conducir por ese ángel de consuelo, volví á penetrar en el centro de la animacion y de la vida.

Leonor se hallaba en el sitio mismo en que yo la habia dejado, en su celestial semblante se pintaba la ansiedad, y sus hermosos ojos se fijaron en mí con inquietud; al verla me dirigí á ella y le ofrecí mi brazo en silencio; Leonor pasó tímidamente el suyo por el mio, sonrió con Clara, y después volviéndose á mí me dijo.

—Genaro, me ha hecho vd. sufrir.

—¿A vd. Leonor? interrogué con tristeza?

—Sí, á mí balbuceó la bella jóven.

En aquel momento penetramos en el salon de baile, se preludiaban unas cuadrillas; antes de que pudiese conducir á las dos jóvenes á sus asientos, vinieron á arrebatármelas los caballeros con quienes estaban comprometidas, y yo entónces

viéndome solo, me senté en un sofá, y desde allí me puse á contemplar las parejas; mis ojos no se apartaban de Leonor, y ella enrojecia al encontrarse siempre con mi mirada; hallábame contemplándola, cuando D. Mariano y el padre de mi amada se dirigieron á mí.

—Te veo triste me dijo el primero ¿por qué no bailas Genaro? en vano me esfuerzo porque seas feliz, tu siempre te empeñas en empañar tus alegrías; ¿cuando te veré al fin reír y gozar como los otros jóvenes?

—Vd. conoce mi carácter padre mio, repliqué á mi generoso protector, nunca he sido expansivo, pero hoy soy feliz y gozo, porque me rodea el cariño, porque en vd. he encontrado un padre ¡ah! un padre que me ha proporcionado goces, que yo estaba condenado á no sentir.

Al hablar así me arrojé conmovido en sus brazos, y D. Mariano, volviéndose á Milord, secó una lágrima diciéndole.

—Tiene este muchacho un acento que penetra hasta el fondo del alma, y que conmueve.

El elegante caballero volviéndose á mí entonces, me dijo.

—No comprendo Conde, cual pueda ser el motivo tan doloroso que se mezcla en todos vuestros goces, y os robe la alegría que tanto haria gozar

á todos los que os aman, ¿Por ventura habeis perdido á vuestros padres; á una madre querida que con delirio os amaba? ¡ah! entonces es justo vuestro dolor y natural vuestra tristeza.

—Milord X, sin saberlo, acababa de tocar la fibra nas delicada de mi alma.

D. Mariano fijó en mí sus ojos con tristeza, y yo ahogando un suspiro en mi pecho, me volví á mi interlocutor diciéndole.

—¡Ah Milord vos habeis atinado! no lloro la muerte de los seres á quienes debo la vida, porque no los conozco; jamas he conocido a mis padres, y lloro porque mi corazon en vano busca el pecho de una madre para reclinarse, el corazon de un padre para desahogar el mio ¡oh Milord! vos comprendereis que es terrible perder á los autores de nuestra vida, pero es mas terrible aun no haberlos nunca conocido.

Al pronunciar estas palabras noté que Lord X se turbaba, y que una nube sombría cruzaba por su mente: yo guardé silencio, él murmuró entonces.

—¿Cómo Conde, no conoceis á vuestros padres?

—No Milord, respondí tristemente, porque aquel hombre me infundia veneracion y respeto, y me era imposible engañarle; D. Mariano me

miraba sorprendido, Lord X cada vez mas interesado continuó así.

—Perdonad Conde, si el interés que me inspirais me obliga á dirijiros algunas preguntas.

—¿Cómo os llamais?

—Genaro, repliqué simplemente.

—¿Genaro?

—Sí, este es mi nombre.

—¿Y vuestra edad?

—Hoy cumpla 21 años.

—¡Ah! ¿qué habeis dicho? murmuró Lord X conmovido.

—Que hoy cumpla 21 años, ¿pero que teneis señor? estais pálido ¿os sentis malo?

—No Conde, no es nada, murmuró Milord procurando serenarse, y volviéndose á D. Mariano, vos amigo mio le dijo ¿sabeis algo de la infancia de este niño?

—Mi generoso protector, viendo que yo me traicionaba, tomó entónces la palabra.

—Milord le dijo: tierno niño aun Genaro, fué abandonado por sus padres á quienes negocios urgentes obligaron á partir para América, no queriendo exponer al tierno niño á los peligros del viaje; Genaro fué criado por una nodriza en las inmediaciones de Milan, mas tarde estuvo al cuidado de un tío lejano y cuando tuvo más edad

se educó en el colegio de que yo era director; allí tuve ocasion de conocerlo y amarlo como á un hijo; hará como un año que murió en Roma, el Conde del Pó su tío, dejando á su jóven sobrino como único heredero del título que hoy lleva y su cuantiosa fortuna; esto es todo lo que sé de la vida de Genaro, y lo único que puedo deciros.

Lord X, que habia escuchado con profunda atencion las palabras de D. Mariano, se volvió á mí cuando este hubo concluido, y estrechándome la mano:

—No sois tan desdichado como parece Genaro; permitidme que desde hoy solo os dé este nombre, me dijo, porque si bien el destino os ha rodeado de personas que os aman, y sabeis que ellos aunque distantes de vos, tambien os amarán porque un padre jamás puede dejar de amar á un hijo.

Y al hablar así Milord, suspiró.

—Es verdad, señor, repliqué yo entónces; pero no sé cuál es el destino de mis padres, ni el lugar en que se encuentran; si lo supiese, ya habria volado á su lado; pero es esta incertidumbre la que me daña y me atormenta. ¡Ah, Milord! ¿creís que lejos de ellos pueda ser completamente feliz?...

—Comprendo, Genaro, replicó Milord X, que no es esto posible, porque en vuestro corazón se